

Apología de Sócrates

« Si, pese a las instancias de Anito, quien ha dicho, que, una de dos, o no procesarme, o de procesarme, condenarme a muerte, porque dice que si me escapase de morir, vuestros hijos, que ya son afectos a la doctrina de Sócrates, serían irremisiblemente corrompidos, me dijeseis: Sócrates en nada estimamos la acusación de Anito, y te declaramos absuelto; pero a condición de que cesaras de filosofar y de hacer tus divagaciones acostumbradas; y si reincides, y llega a descubrirse, tú morirás; si me dieseis libertad bajo estas condiciones, os respondería sin titubear: Atenienses, os respeto y os amo; pero obedeceré a dios antes que a vosotros, y mientras yo viva, no cesaré de filosofar, dándoos siempre consejos, volviendo a mi vida ordinaria, y diciendo a cada uno de vosotros cuando os encuentre: buen hombre, ¿cómo siendo atenienses y ciudadanos de la más grande ciudad del mundo por su sabiduría y valor, no te avergüenzas de no haber pensado más que en amontonar riquezas, en adquirir crédito y honores, en despreciar los tesoros de la verdad y de la sabiduría, y de no trabajar para hacer tu alma tan buena como pueda serlo?»

Y si alguno de vosotros me lo niega y dice que si, que se cuida de ella no se lo negare al momento, le interrogaré, le examinare, le refutare; y si encuentro que no es virtuoso, pero que aparenta serlo, le echaré en cara que prefiere cosas abyectas y tan perecibles a las que son de un precio inestimable.

Eso es lo que haré con cualquiera que encuentre, joven o viejo, ciudadano o extranjero, pero sobre todo con vosotros que me tocáis de más cerca: porque debéis saberlo bien, eso es lo que el dios me ordena.... No hago otra cosa que ir por todos lados para persuadirlos, seáis jóvenes o viejos, que lo primero no es el cuidado del cuerpo ni

acumular riquezas, sino que lo primero es el cuidado y mejoramiento del alma; no ceso de deciros que las riquezas no dan la virtud, sino que la virtud es la que da a los hombres las riquezas y los demás bienes, así públicos como privados. Y si con esas máximas pervierto a los jóvenes son, por lo visto, perniciosas; pero si alguien dice que yo enseño otras se engaña y os engaña miserablemente. De todas maneras, hagáis caso de Anito o no hagáis, me absolváis o me condenéis, nunca jamás obraré de otro modo, así tenga que sufrir mil muertes.

Del libro Apología de Sócrates págs. 28 - 29, de Platón

Cinco obstáculos para escribir la verdad...

Quien quiere hoy día combatir la mentira y la ignorancia y escribir la verdad, tiene que vencer por lo menos cinco obstáculos. Deberá tener el valor de escribir la verdad, aun cuando sea reprimida por doquier; la perspicacia de reconocerla, aun cuando sea solapada por doquier; el arte de hacerla manejable como un arma, criterio para escoger a aquellos en cuyas manos se haga eficaz, astucia para propagarla entre éstos. Estos obstáculos son grandes para aquellos que escriben bajo la férula del fascismo, pero existen también para aquellos que fueron expulsados o han huido, e incluso para aquellos que escriben en los países de la libertad burguesa.

Del libro El compromiso en literatura y arte páginas 157-158, de Bertolt Brecht.

Utopía

Tomás Moro conoce o inventa a Rafael Hithloday, marinero de las naves de Américo Vespucio, que dice que ha descubierto la isla de Utopía en alguna costa de América.

Cuenta el navegante que en Utopía no existe el dinero ni la propiedad privada. Allí se fomenta el desprecio por el oro y el consumo superfluo y nadie viste con ostentación. Cada cual entrega a

a los almacenes públicos el fruto de su trabajo y libremente recoge lo que necesita. Se planifica la economía. No hay acaparamiento que es hijo del temor; ni se conoce el hambre. El pueblo elige al príncipe y el pueblo puede deponerlo; también elige a los sacerdotes. Los habitantes de Utopía abominan de la guerra y sus honores, aunque defienden ferozmente sus fronteras. Profesan una religión que no ofende a la razón y que rechaza las mortificaciones inútiles y las conversiones forzadas. Las leyes permiten el

divorcio pero castigan severamente las traiciones conyugales, y obligan a trabajar seis horas por día. Se comparte el trabajo y el descanso; se comparte la mesa. La comunidad se hace cargo de los niños mientras sus padres están ocupados. Los enfermos reciben trato de privilegio; La eutanasia evita las largas agonías dolorosas. Los jardines y la huertas ocupan el mayor espacio y en todas partes suena la música.

Del libro Memorias del fuego T.I Los nacimientos página 72, de Eduardo Galeano